



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

HASTA OTRA



—¡Maldita sí! ¡Mía que tener que quitarme too esto! Hasti cuenta que se me ha acabao la felicidad hasta el año que viene.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Los protegidos, por Eduardo Bastillo.—Después del Carnaval, por Juan Pérez Zúñiga.—El estudio de un pintor, por José Jackson Veyan.—Operaciones difíciles, por Eduardo de Palacio.—El campo de batalla, por Sinesio Delgado.—Un candidato, por Clarín.—¡Buen remedio!, por Alberto Casañal Shaker.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios. GRABADOS: Hasta otra.—Miscelánea, por Cilla.—Crítica de críticos, por Escaler.—Anuncios, por Cilla.



De aquellos días bulliciosos del Carnaval no queda más que el recuerdo.

Las alegres máscaras que recorrían el Salón del Prado luciendo su gentileza se dedican hoy á sus ordinarias ocupaciones.

Va uno á comprar papel á una tienda de objetos de escritorio, y le despacha un dependiente pálido, tético, con unas ojeras que le bajan hasta el bigote y la nariz ligeramente hinchada.

—¿Tiene usted lacre?—se le pregunta.

Y él contesta, lanzando un suspiro:

—Sí, señor, pero no puedo despacharlo.

—¿Por qué? ¿Está sujeto al monopolio como las cerillas?

—No es eso; es que no me puedo menear. He andado vestido de máscara todos estos días, y estoy rendido. Mire usted.

Y al hablar así se recoge el pantalón por la parte de abajo y nos enseña un chirlo erisipeloso en una pantorrilla.

—¿Qué ha sido eso?

—Que me caí en la calle de Alcalá y me pasó por encima una comparsa de húngaros. ¿Se acuerda usted de una máscara con cara de perro, que iba ladrando á todas las señorías, y á lo mejor se revolcaba en las baldosas? Pues era yo. Me visto todos los años y nunca me había sucedido la cosa más insignificante, pero el lunes tuve la caída y por poco me muero.

El Carnaval siempre deja algo tras de sí. La señora de Zoquete fué al baile del Círculo de Bellas Artes, acompañando á su niña. Allí encontraron á Almadrín, joven pictórico que las convidó á cenar, y la señora de Zoquete, que es blanda en presencia de los alimentos, aceptó con muchísimo gusto, pasando al buffet. Allí se puso el cuerpo como un baúl; bajó después á la sala y entre el ruido, y las luces, y el polvo, y los empujones, se le removieron dentro los comestibles y...

—¡A ver! ¡Que traigan un cogedor y una escoba!—gritaba un caballero, llamando á los dependientes.

La de Zoquete se apoyaba en Almadrín, poniéndole perdido el frac. La niña se agitaba nerviosa, creyendo que había llegado para su mamá el fin de la existencia, y uno de la comisión tuvo que acercarse á los tres, diciéndoles con cierta finura:

—Tengan ustedes la bondad de ir á hacer esas cosas fuera del salón.

—¿Qué vergüenza!—murmuraba la niña.

—Conténgase usted, señora—decía Almadrín.

—Que me traigan té—gritaba ella.

—¿Con aguardiente?—preguntó el joven pictórico.

—Sí—contestó la señora,—y con tostadas de manteca.

La de Zoquete está en la cama desde aquella noche; pero piensa levantarse el lunes, para ir á comer á casa de una amiga que celebra su santo con esplendidez.

Los candidatos trabajan estos días con verdadero furor, como si del triunfo de la candidatura dependiese su vida.

Hay hombre que no tiene dinero, ni importancia, ni ropa, y aspira, sin embargo, á sentarse en las Cortes. Entre éstos figura un paisano mío, que se empeña en que ha de salir diputado por su

pueblo, y allá se fué en tercera clase, con una tortilla de patatas envuelta en un pañuelo y un panecillo guardado en el gabán.

Su primera visita, al llegar al distrito, fué para el cura, que le recibió muy bien y le puso delante una cazuela de sopas de ajo. El hombre se las comió todas.

—Conque ¿cuento con usted?—preguntó al cura.

—Por mi parte no hay inconveniente—contestó él.—Basta que seas hijo del pueblo y que tu padre haya jugado conmigo á la mallilla tantas veces; pero te aconsejo que hables al boticario; ya sabes que tiene mucha influencia.

El candidato palideció.

—¿Qué?—dijo el cura.—¿No eres amigo de D. Serafín, el boticario?

—Sí, pero...

—El que algo quiere, algo le cuesta. Vete á visitarle.

Haciendo un gesto de disgusto, el candidato abandonó la casa del cura para dirigirse á la botica. Allí estaba D. Serafín machacando unas hierbas en un mortero, con la cabeza baja y el labio caído. Siempre que machacaba algo, se le caía el labio inferior, á manera de fleco.

Llegó el joven frente á la botica, y antes de entrar vaciló un momento.

—Tal vez no se acuerde ya...—murmuraba.—¿Entraré? Sí, no debo dudar. Si este hombre no protege mi candidatura, todo se ha perdido.

El boticario seguía dándole al mortero con verdadera fruición; de cuando en cuando interrumpía su tarea para rascarse el cogote con una espátula que tenía á propósito.

El joven candidato se estiró los puños, sacudióse la solapa del gabán, tosió con fuerza y entró resueltamente en la botica.

—Buenos días, D. Serafín—dijo amablemente, tratando de estrechar la mano del farmacéutico.

Pero éste levantó la cabeza, miró de arriba abajo al joven, lanzó una interjección, mezcla de enojo y sorpresa, y alzando el mortero á la altura de la nariz, gritó con voz de trueno:

—¡Ah, pillol! ¿Conque te atreves á presentarte en mi casa? ¿Vienes á pagarme los siete duros que me debes de ioduro potásico?

—No, señor; vengo á presentar mi candidatura.

—¿Sí? ¿Pues toma candidaturas.

Y saliendo de la botica, le dió dos puntapiés donde no puede decirse.

LUIS TABOADA

(Prohibida la reproducción.)

LOS PROTEGIDOS

Al dar vuelta á la esquina
topé con un mendigo
con mala fecha y cara
de muy pocos amigos.

Cortóme el hombre el paso
con aire decidido;
le dije «Dios le ampare»,
buscando mi camino.

Pero él entrambas manos
sacó de los bolsillos,
y vino á darme en cara
con cuatro perros chicos.

Su aspecto amenazante
me puso algo intranquilo,
pues presentaba el pobre
cierto aire de bandido.

«Yo á Dios no pido amparo»,
—con bronca voz me dijo—
«á usted, que está más cerca,
es á quien se lo pido.»

A oírle me invitaba
con aire imperativo,
y tuve que escucharle
por no pegarle un tiro.

Sus culpas ordinarias
llegaron á mi oído,
y á mi nariz á un tiempo
llegó el olor del vino.

Más que aflicción del hambre,
vi la afición al vicio,
y un vano del trabajo
pinté los beneficios.

El hombre se encontraba
de libertad tan rico,
que no cambiaba el suyo
por el mejor oficio.

Dijome que cobraba
sueldo de pobre activo,
y hablome de derechos
y de años de servicios.

Por eso el «Dios le ampare»
del pecho compasivo,
lo toma por ofensa
de que él nunca fué digno.

De pobres de esa traza
Madrid no se ve limpio,
ni con los «Protectores»
que fundan el «Asilo.»

Encierre usted á esa gente
en un cuarto muy limpio
y déle usted buen caldo
y un lecho bien mallido.

Y volverá á la calle;
pues pide por su instinto,
la libertad del vago
con el calor del vino.

EDUARDO BUSTILLO.

DESPUÉS DEL CARNAVAL

—Elena insensata, yo estaba engañado.
Yo á ti te creía constante y formal.
Mas tengo recuerdos del martes pasado.

que empañan mi dicha con pena mortal.
¿Tú piensas, ingrata, que nadie te ha visto?
Pues en Recoletos alguno te vió
con un mamarracho que, dándose pisto,
ni en solo momento de ti se apartó.
¿Recuerdas su traje? Montera encarnada,
cureta espantosa de perro mastín,
abrigo con pelos, faldita rayada,
torcidos tacones y azul corbatín.
Responde á mis quejas, ¿á qué obedecía
la broma incesante de aquel mascarón?
¿Por qué le escuchabas, si sólo eres mía
y á nadie le debes prestar atención?
—¿De mí tienes dadas?

—Y en ellas me aferro.

—Pues fuerza es que al punto me digas por qué.

—Porque ibas el martes hablándole á un perro.

¿Quién era aquel perro? Contesta.

—No sé.

Mas ¡calla! ¿qué has dicho? ¿Llevaba montera?

¿Faldita rayada? ¿mitones quizá?

¿Y abrigo con pelos? Pues ya sé quién era.

No tengas cuidado.

—¿Quién era?

—Mamá.

—¿Tu madre? No mientas, porque es increíble

que fuera entre gentes al lado de ti

cubierto su rostro con máscara horrible.

—¿Si no era careta? .. ¡Si es que ella es así!

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

EL ESTUDIO DE UN PINTOR

(A MI AMIGO EDUARDO ALBA)

«Veate, me dijo un amigo,
y visitarás conmigo
el estudio de un pintor.»
Fuí, mas no tuve el honor
de tropezarme contigo.
De grosero no me arguyas
ni te des á Belcebú,
porque el tuteo rechuyas.
¡Los que hacemos alquiyas
á Dios le hablamos de tuteo!
Es cariño y no desdén:
á cortesías ajeno,
tú me tuteas y ¡amén!
¿Que no me conoces?... ¡Bueno!
¿Que no te conocí?... ¡Bien!
A ser tu amigo me obligo,
y si un día doy contigo,
te saludo como hermano,
te tiendo mi blanca mano.
la estrechas y eres mi amigo.
Cruzando pluma y pincel
juraré afecto fiel;
crece nuestra simpatía,
y somos desde aquel día
Baltasar y Rafael.
Ni á ti mi amistad te ultraja
ni la tuya me rebaja,
y terminado el preludio,
paso al grano, ó al estudio,
porque el estudio no es paja.
¡Desorden encantador!...
Sobre el tapiz de valor,
aun más duras é inhumanas;
vargueños y porcelanas
entre manchas de color.
Junto á la antigua vitrina,
el paisaje que se extiende,
y la fuente cristalina,
y el perfume que trasciende
y el cielo que se adivina.
Sobre lejana aldehueta
descollando blanca torre;
el pastor que duerme y ceba;
el ave que canta y vuela;
sol que quema, agua que corre.

Aunque lo admiré una hora,
pienso á tu estudio volver.
¡Un desorden que enamora
y una Paz encantadora!...
(Me refiero á tu mujer.)
Afable galantería
sía hipócrita disfraz.
¡Dulce Paz de tu alegría!...
¡Ay, Santísima María,
qué María de la Paz!
Fija en el arte la vista,
de artista el nombre has logrado.
Capitán y paisajista,
al fin y al cabo el artista
al capitán ha eclipsado.
De tu rica inspiración
al mirar las galas bellas,
se olvidan, y con razón,
de que tienes tres estrellas
y mandas un escuadrón.
Deja que la historia fiel
hable de guerreros duchos
en exterminio cruel.
El sable lo esgrimen muchos;
es menos duro el pincel.
El sable que centellea
es la sangre que pelea;
el pincel botes retrata.
¡El sable destroza y mata!...
¡El pincel ilustra y crea!
Si te vuelvo á visitar,
procura en tu casa estar:
de mi amistad desconfía,
porque te voy á robar
un cuadro el mejor día.
En tu paleta absorbido,
busca luz y colorido.
¿Qué más tu afán necesita?
¡Tu estudio y tu Paz bendita!...
¡Arte y amor, en un nido!
Dios bendiga el dulce edén
dónde sonreís los dos.
¡Dale á Paz mi parabién,
y que pintes mucho y bien
en paz y en gracia de Dios!

JOSÉ JACKSON VEYAN.

OPERACIONES DIFÍCILES

—La terapéutica podrá adelantar poco; pero en medicina quirúrgica ó operatoria es visible el progreso.
Así me decía un caballero que ha recorrido la mar y la tierra.
Es un hombre que vale mucho y que relata unas historias y unos acontecimientos que asombran.
Iba á la tertulia de un ministro de estos... ó de los otros, no recuerdo, y nadie hablaba más que él.

Cuidado que los ministros y sus amigos son personas ilustradas al pronto.

Pero ninguno de los concurrentes había leído, siquiera, un folletín algo semejante á lo que relataba D. Celestino.

¿Qué operaciones había presenciado en las clínicas de varios hospitales, todos extranjeros!

Particularmente en los Estados Unidos del Norte de América.

Porque aquél es país muy original en todo.

—Yo mismo sufrí una operación dolorosa—contaba,—horrible...

Verán ustedes. Empecé á sospechar que tenía alguna lesión en el pecho: sufría ataques de disnea, la tos me asfixiaba, no era hombre para nada. Recorrí con ansiedad las cortes de Europa, buscando un médico... y consulté á las lumbreras de la ciencia... Inútil. Cansado ya, me dije: «¡Al Norte de América!»

—Sí, como pudo usted decir: «¡A la Viña P.!»

—Y efectivamente; me embarqué en primeros de Noviembre del año...

—Sí, sí.

—En el vapor...

—Suprima usted pormenores.

—Llegué á New-York, porque ya sabrán ustedes que se pronunciaba así, y que por corruptela decimos «Nueva York.» ¿eh? Pues bien, llegué y en seguida me encaminaron á casa de una eminencia norteamericana, Mr. Buskner. Me examinó, me registró, me auscultó, me invirtió, me...

—¿Le afeitó?

—¡Qué hombre aquel! ¡Qué perspicacia! «Eso que usted tiene, para los europeos sería incurable; para nosotros es sencillísimo.» Se trata de una caverna que se le ha abierto en el corazón.» Sin querer salté de la cama al suelo. «No se alarme usted, continuó, que es cuestión de una operacioncilla...»

—¿Qué operación!

Me tendieron en una cama, completamente desnudo. Yo me había negado á que me cloroformizaran, y accedieron aunque con recelo. Pero seis hombres con correas y vendajes me sujetaban. El doctor me dijo: «No hay que asustarse, que esto para mí es como la extracción de una muela para un doctor notable europeo. Pastear no serviría ni para ver la operación, y Koch ni para pensar en ella sin perder el juicio; pero yo...»

—Sí, ya sé—interrumpí.

En cuanto me vió tendido boca arriba aquel *lucero* de la ciencia, ¡zas! de un solo tajo me abrió desde la garganta al estómago.

El cuerpo se entreabrió, como si me hubieran arrancado todos los botones del chaleco.

—Una sola palabra costaría á usted la vida; un grito, lo mismo.

No hay que decir si enmudecí.

El doctor metió ambas manos y me descolgó el corazón y le sacó. Yo miraba aterrorizado.

—¡Dios mío, si este hombre se equivocal—pensé; pero como no podía preguntarle si tenía más en su casa para venta, sufrí.

—Ni una palabra, ni un movimiento—volvió á repetirme.

Sopló en el corazón, después le sacudió con un plumero pequeño, como para quitarle el polvo.

En seguida le metió en una palangana llena de agua ó de aguardiente ó de alcohol.

Después le colocó en un aparato para secarle y para recoserle.

Y, recomendándome la quietud, como unico medio de evitar la muerte, salieron de la habitación y me dejaron solo.

Minutos horribles. Sentía así como un vacío por dentro, que dicen los clásicos con música de Gómez Minquiz...

En esta soledad y angustia, veo que la puerta se entreabre.

Fijó una mirada escrutinadora y veo un perro.

Un perro enorme que adelanta pausadamente olfateando, y se encamina al sitio donde está mi corazón de muetra.

Y yo nada podía hacer sin jugarme la vida y...

Ya estaba á un palmo de la mesa del taller cuando apareció el amo, el doctor, que apartó al can sin demostrar gran asombro.

—Ya entiendo lo que habrá usted pasado—me dijo,—pero paciencia y silencio. Mi perro es inteligente.

Y puso manos á la obra de la recomposición y...

¿A qué molestar más? Aquí me tienen ustedes, sano y fuerte y como si nada hubiera ocurrido.

—¿Qué cosas pasan en los Estados Unidos!—dijo el ministro.

Y todos quedamos reflexivos con lo dicho por su excelencia.

EDUARDO DE PALACIO.

EL CAMPO DE BATALLA

El sol se ha puesto ya, y en las colinas que el marcos forman del extenso valle, cual fugaces relámpagos, fulguraron los últimos chispazos del combate.

Se dispersa el ejército. Los grupos se pierden en las sombras del bosque y en las lejanas bayonetas brillan los débiles reflejos de la tarde.

Solos quedan los muertos, que aún conservan las huellas de la rabia en los semblantes, revueltos, hacinados, confundidos en el suelo teñido con su sangre.

Este muere el fusil, cual si la muerte le sorprendiera en el dolor más grande,

MISCELÁNEA



—Va usted á venir conmigo á la delegación. Ha entrado la cuarema y no se puede andar con careta por la calle.
 —¡Como careta! ¡Si soy yo propio!
 —¡Ay, su madre! ¡Como que puede ser natural eso!



—¡Mal otra vez la prohibición de comer carne. La religión de nuestros mayores me parte por el medio.



—Si el baile llega á durar ocho horas más, y yo hubiera llevado mil pesetas más, y no se hubiera presentado aquel chulo de última hora... la del capuchón rosa era mía, ¡vaya si era mía!



—Vosotros sois unos mendigos que no habéis enterrado más que una sardina, y yo he enterrado doce.
 —¿Dónde?
 —Aquí, salva sea la parte; pa que no levanten cabeza.



—Aquel quedó en venir y no ha venido. ¡Y dice que me había conocido!



Las hadas del Liceo Rius.



—¿Queréis entrar en el palco á tomar un poco de jamón en dulce?
 —No, hijo, no, porque luego nos riñe mamá.
 —¿Por qué?
 —Porque no la hemos traído á ella.

aquél aun amenaza al enemigo
con los dedos crispados en el sable,
y el otro duerme con tranquila calma,
cual si hubiera caído embelesándose
con los rumores del cercano arroyo
que corre indiferente á la catástrofe.

Tal vez á aquellas horas misteriosas,
agrupadas en torno á los hogares,
leen sus cartas, henchidas de ilusiones,
las hermanas, las novias y las madres.

Y ellos están allí, rígidos, mudos,
formando negra mancha del paisaje
tal y como cayeron, defendiendo
de la patria los santos estandartes
que allá se van perdiendo entre las sombras
y dejan olvidados á sus mártires,
para buscar la gloria en otros campos
sobre nuevos montones de cadáveres.

SINESIO DELGADO.

CRÍTICA DE CRÍTICOS

6

EL ESTRENO DE UN DRAMA... DE AUTOR POSIBILISTA



El posibilista: «La obra de nuestro correligionario y amigo Pérez es una obra maestra. ¡Qué casos! ¡Qué cosas! ¡Qué asonantes! ¡Qué consonantes!... ¡Qué!...»

El fusionista: «...no negaremos que la obra del Sr. Pérez tiene condiciones, pero deja ver la mano inexperta del *posi...* digo, del autor novel. Arregladas algunas escenas resultaría un drama pasable...»



El conservador: «...y, en fin, que con eso no se va á ninguna parte. Mal comienzo ha tenido el Sr. Pérez, pero no se le puede negar alguna condición...»

El federal: «¡Pobre Teatro Español! ¡Cómo te pierdes con *esperpentas* como el de anoche! ¡Y pensar que el Sr. Pérez prometía días de gloria allí en sus mocedades!»



El tradicionalista: «Ante lo de anoche, rompemos pluma y cuartillas y nos encerramos en el más absoluto silencio...»

El autor: ¡Bonita negocio podría yo hacer si me dieran cincuenta céntimos por todo lo que he sacado en limpiol!

UN CANDIDATO

Tiene la cara de pordiosero; mendiga con la mirada. Sus ojos de color de ayellana, inquietos, medrosos, siguen los movimientos de aquel de quien esperan algo, como los ojos del mono sabio á quien arrojan golosinas y que devorando unas espera y codicia otras. No repugna aquel rostro aunque revele miseria moral, escaso alito, ninguna pulcritud; porque expresa todo esto, y más, de un modo clásico, con rasgos y dibujo del más puro realismo artístico: es nuestro Zalameiro, que así se llama, un pobre de Velázquez. Parece un modelo hecho á propósito por la naturaleza para representar el mendigo de oficio, curtido por el sol de los holgazanes en los pórticos de las iglesias, en las lindes de los caminos. Su miseria es campesina; no habla de hambre ni de falta de luz y de aire, sino de mal alimento y de grandes intemperies; no está pálido, sino atezado, no enseña perfiles de huesos, sino pliegues de carne blanda, fofa. Así como sus ojos se mueven implorando limosna y acechando la presa, su boca rumba sin cesar, con un movimiento de los labios que parece disimular la ausencia de los dientes. Y con todo, sí tiene dientes; negros, pero fuertes. Los esconde como quien oculta sus armas. Es un carnívoro vergonzante. Cuando se queda solo ó está entre gente de quien nada puede esperar, aquella impaciencia de sus gestos se trueca en una expresión de melancolía humilde sin dignidad, picareasca sin dejar de ser triste; no hay en aquella expresión honradez, pero sí algo que merece perdón, no por lo bajo y villano, sino por lo doloroso. Se acuerda cualquiera, al contemplarle en tales momentos, de Gil Blas, de don Pablos, de Maese Pedro, de Patricio Riquelme, pero como este último, todos esos personajes, con un tinte aldeano que hace de esta mezcla algo digno de la égloga picareasca, si hubiese tal género.

Zalameiro ha sido diputado en una porción de legislaturas; conoce á Madrid al dedillo, por dentro y por fuera, entra en toda clase de círculos por altos que sean, se hace la ropa con un sastre de nota; y con todo, anda por las calles como por una calleja de su aldea remota y pobre.

Los pantalones de Zalameiro tienen rodilleras la misma tarde del día que los estrena. Por un instinto del gusto, de que no se da cuenta, viste siempre de pardo, y en invierno el paño de sus trajes siempre es peludo. Los bolsillos de su americana, en los que mete las manazas muy á menudo, parecen alforjas.

No se sabe por qué, Zalameiro siempre trae taigajas en aquellos bolsillos hondos y sucios, y lo peor es que, distraído, las coge entre los dedos manchados de tabaco y se las lleva á la boca.

Con tales maneras y figura, se roza con los personajes más empingorotados, y todos le hacen mucho caso. «Es pájaro de cuenta», dicen todos. Zalameiro, mozo listo, repitió los ministerios de más correa. Fascina solicitando. El menos observador ve en él algo simbólico; es una personificación del *genio* de la raza en lo que tiene de más miserable, en la holgazanería servil, pedigrifea y caxurra. «Yo soy un fraileco», dice el mismo Zalameiro; un fraile á la moderna. Soy de la orden de los *mendicantes parlamentarios*. Siempre con el saco al hombro, va de ministerio en ministerio pidiendo pedazos de pan para cambiarlos en su aldea, por influencias por votos. Ha repartido más empleos de doce mil reales abajo, que toda una familia de esa que tiene el padre jefe de partido ó de fracción de partido. Para él no hay pan duro, está á las resultas de todo; en cualquier combinación se contenta con lo peor; lo peor, pero con sueldo. Sus empleos van á Canarias, á Filipinas; casi siempre se les pasan por agua; pero vuelven, y suelen volver con el riñón enbierto y agradecidos.

—¿Qué carrera ha seguido usted, Sr. Zalameiro?—le preguntan las damas.

Y él contesta sonriendo:

—Señora, yo siempre he sido un simple hombre público.

—¡Ah! ¿Nació usted diputado?

—Diputado, no, señora; pero candidato creo que sí.

—¿Y ha pronunciado usted muchos discursos en el Congreso?

—No, señora, porque no me gusta hablar de política.

En efecto, Zalameiro, que sigue con agrado ó interés cualquier conversación, en cuanto se trata de política hostexa, se queda triste, con la cara de miseria melancólica que le caracteriza, y emudece mientras mira recaleso al preopinante.

No cree que ningún hombre de talento tenga lo que se llama *ideas políticas*, y hablarle á Zalameiro de monarquía ó república, democracia, derechos individuales, etc., etc., es darle pruebas de ser tanto ó de tratarle con poca confianza. Las ideas políticas, los *creches*, como él dice, se han inventado para los imbéciles y para que los periódicos y los diputados tengan algo que decir. No es que él haga alarde de escepticismo político. No; eso no le tendría cuenta. Pertenece á un partido como cada cual; pero una cosa es seguirle el humor al pueblo soberano, representar un papel en la comedia en que todos admiten el suyo, por no desafinar, y otra cosa es que entre personas distinguidas, de buena sociedad, se hable de las *ideas* en que no cree nadie.

Zalameiro, en el seno de la confianza, declara que él ha llegado á ser hombre público... por pereza, por pura inercia. «Dejárame ir», dice, me he visto hecho diputado. Nunca me gustó trabajar, siempre tuve que buscar la compañía de los vagos, de los que están en la plaza pública, en el café, azotando calles á las horas en que los hombres ocupados no parecen por ninguna parte. ¿Qué había de hacer? Me aficione á la cosa pública, me vi metido en los negocios de los holgazanes, de los desocupados, en elecciones. Fuí elector y cazador de votos, como quien es jugador. Cuando supo bastante me voté á mí propio. El progreso de mi ciencia consistió en

ir buscando la influencia cada vez más arriba. He llegado á esta síntesis: todo se hace con dinero, pero arriba. Cuanto más arriba y cuanto más dinero, mejor. El que no es rico, no por eso deja de manejar dinero; hay para esto la *tercería* de los grandes contratos *verganzantes*. El dinero de los demás, en idas y venidas que ideaba yo, me ha servido como si fuera mío.

Mientras muchos personajes andan echando los bofes para asegurar un distrito, y hoy salen por aquí, mañana por los cerros de Ubeda, Zalameiro tiene su elección asegurada para siempre en el tranquilo huerto electoral que cultiva abonando sus tierras con todo el estiércol que encuentra por los caminos, en los basureros, donde hay abono de cualquier clase.

Aunque trata á duquesas, grandes hombres, ilustres próceres, millonarios insignes, cortesanos y diplomáticos, en el fondo Zalameiro los desprecia á todos, y sólo está contento y sólo habla con sinceridad cuando va á recorrer el distrito, y en una taberna, ó bajo los árboles de una *pumarada*, ante el paisaje que vieron sus ojos desde la niñez, apura el jarro de sidra ó el vaso de vino, bosteza sin disimulo, estira los brazos, y á la luz de la luna, con la poética sugestión de los rayos de ella que incitan á las confidencias, exclama con su voz tierna y rouca de pordiosero clásico, dirigiéndose á uno de sus íntimos, aldeanos, agentes electores, sus criaturas.

—...Y después, si Dios quiere, como otros han llegado, puedo llegar á ministro... y como no soy ambicioso, juro á Dios que con los treinta mil reales de la cesantía me contento; sí, los treinta mil... aquí, en esta tierra de mis padres, en la aldea, bajo estos árboles, con vosotros...

Y Zalameiro se entenece de veras y suspira porque ha hablado con el corazón. En el fondo es como el aguador que junta ochavos y sueña con la *terriña*. Zalameiro, el palaciego del sistema parlamentario, el pobre de la *corte de los Milagros*, del salón de conferencias: el mendicante representativo no sueña con grandezas, no quiere meter al país en un puño, imponer un *credo*... ¡Qué credos!

Ser ministro ocho días, quedarse con treinta mil... y á la aldea. Es todo lo Cincinato que puede ser un Zalameiro. No quiere ser gravoso á la patria. «Si me hubiesen dado una carrera... hoy sería algo. Pero un hombre como yo ¿á qué ha de aspirar sino á ser ministro cesante cuando la vejez ya no le consienta trabajar... el distrito?»

CLARIN.

¡BUEN REMEDIO!

Leí ayer en un periódico, cuyo nombre no recuerdo, un anuncio que decía sobre poco más ó menos: «Basta ya de sabañones! El que los tenga, por medio de la célebre pomada del Doctor Tal, al momento puede tener la fortuna de quedarse libre de ellos.» Apenas leí el anuncio, dije:—¡Ya encontré el remedio contra este picor maldito que en cuanto empieza el invierno me tiene todos los años fastidiado por completo! Y á casa del Doctor Tal me fui enseguida, dispuesto á comprar dos ó tres cajas del maravilloso unguento. Llegué, y después de esperar un rato, salió un sujeto

al que no puedo tener envidia, pues si yo cuento los sabañones á pares, debe el contarlos á cientos.
—Buenos días.
—Buenos días.
—¿Qué quería usted?
—Pues vengo á comprar un par de cajas de esa pomada...
—Comprendo.
—Pretende usted verse libre de sabañones, no es eso?
—Con mi invención prodigiosa lo conseguirá al momento!
—¿Cómo! ¿Es usted el inventor!...
—El mismo.
—Pues no la quiero.
—¿Que no la quiere? ¿Por qué?
—Muy sencillo. Porque observo que á V., que es quien la ha inventado... apenas al le haec efecto!

ALBERTO CASAÑAL SHAKERY.



Como era de esperar, estamos en pleno conflicto con motivo del monopolio de las cerillas.

Eso consiste en que aquí, cuando se trata de establecer un impuesto nuevo, se procura que caiga sobre los que no tienen que comer.

Y ahora van á pagar el pato los vendedores al menudeo.

Y apropósito.

En Francia se va á establecer un impuesto de diez francos sobre los pianos.

¡A él, hacendistas de aqueude los Pirineos!

Porque ya se sabe que ustedes no hacen más que copiar cuanto les viene á mano.

Y si se trata de fastidiar, mejor que mejor.

El gobernador, haciendo caso de las excitaciones de la prensa, hizo una *rancia* de Pepas y Pacas... con bigote, en un baile de los destinados á la exhibición de semejantes lacerias.

Pero no creo que hayamos adelantado nada con eso, porque andan sueltos por la calle los que acompañaban á aquellos desdichados, y que eran, son y serán los verdaderos culpables.

¿No les parece á ustedes?

El miércoles de ceniza ha traído siempre consigo una porción de tristes consideraciones.

Un colega se extiende en ellas y acaba diciendo á la humanidad:

«¡Pulvis eris!...»

¡Eris! ¿De dónde habrá usted sacado eso?

«Pulvis eris et in pulverem reverteris.»

Si señor, *cae en copia*, que era lo que usted deseaba, por lo visto; pero no está bien.

Porque se dice *pulvis es*.

Y el que no sepa latín... que vaya á Salamanca.

Otro periódico, dando cuenta de un crimen, dice que un niño fué herido «en el regazo de su padre.»

¡El regazo del padre!

Confieso humildemente que es la primera vez que lo oigo.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Fipo.—Usted se ha quedado sin *Mascota*. Por lo menos en la versificación se nota la falta.

K. K. Hucl.—¿Está usted seguro de que se puede decir *lux sombria*? Porque yo no lo estoy.

El pollo de la braya.—La carta es graciosa, los versos fluidos y el asunto bonito... pero no está bien desarrollado, ni mucho menos.

M. T. Rio.—No puedo felicitarle á usted, con harta pesadumbre de mi ánima.

Carita verde.—Yo pajaritas hice
con las cuartillas
y... que Dios te perdone
las seguidillas.

G. G. G.—Así empieza á hacer versos todo el mundo. ¿Cuánto apostamos á que está usted en la infancia?

Sr. D. R. S. D.—Vaya, voy á publicar el primero, porque los otros dos son mucho mejores:

«Un beso me distes
hoy en la cara
y nos á Visto mi madre
por la ventana.
Anda tu Abuela
no me dijistes niña
que estaba ciega.»

¡Anda la ortografía! es lo que debía ser el estribillo.

Rovilewa.—Muchas cosas malas se han hecho con motivo de la muerte de Zorrilla, pero esa de usted las hace buenas á casi todas.

K. D. T.—También es largo el verso:

De la idea del matrimonio.

Y el asunto es pognita cosa.

Chantio.—Lo mejor es lo dedicado á Calvo, pero como usted comprende, carece de oportunidad y... no viene á cuento.

Mefistófeles.—¡Parece mentira que á un diablo colorado como usted se le haya ocurrido una inocentada tan grande!

Un académico.—¿Si viera usted que la gracia esa es más antigua que la afección á vestirse de máscara!

Gigarra.—Vulgar el asunto, y un poquito pedestre la forma.

Badanitas.—Como es corta, voy á procurar complacerle á usted:

«Grandes son tus zapatos,
grande es la guerra,
grandes son tus vestidos,
grande es Consuegra;
pero es más grande
la pena que se pasa
con una suegra.»

Lo cual resulta, si usted no se opone, una seguidilla de nueva invención.

Autentic.—Estimado don Sinesio y querido director:

¿Se sabe por qué razón no se admiten mis poesías?

¡Vamos! es que tal vez te creías que mi pluma era un motor.»

La razón se la puede dar á usted cualquiera que lea esos versos. Porque salta á la vista.

Rodajas.—¡Por Dios! ¡Si es que está muy mal versificada!

NOTA.—La contestación dada en el número anterior á D. M. P. no va con D. Miguel Pérez-Urria. Hacemos esta advertencia á ruego del interesado, á quien parece que dan bromas de Carnaval con este motivo, aprovechando la circunstancia de que la composición aludida pertenece al género que cultiva ó cultivaba el interesado.

Madrid, 1897.—Tip. de los Hijos de M. G. Hernández, impresor de la Real Casa. Librería, 16 duplicado, bajo.—Teléfono 934.

ANUNCIOS



—Decid, niños: ¿qué es lo que se debe hacer después de enterrar la sardina?
—Acostarse en una cama del Bazar de la Plaza de la Cebada, número 1.



No hay quien me gane á poder, todo mi valor lo abarca cuando acabo de beber el gran Jerez de la marca de la Viuda Ruiz de Mier.
Ruiz del Bío.
Jerez de la Frontera.



Antonio Calvo y Pulido usó Quina Palomar. Si no la deja de usar, pierde el primer apellido.
Droguería y Perfumería.
Fuencarral, 24.



Perengáñez va hecho un asco, no parece un caballero, por no tener un sombrero de M. García Carrasco.
Carretas, 26.



Esta muela que me mata Tirso la saca al momento, y así pasaré contento el domingo de Piñata.
Mayor, 73.



He conquistado en el Real diez ó doce serafines con mi camisa de frac hecha en casa de Martínez.
San Sebastián, 2.



¡Mecachis! si yo tuviera na más que medio millón, me compraba un pantalón de Pesquera.
Magdalena, 20.



Petra, Luisa, Inés, Antonia, Luz, Margarita, Pilar, Asunción y Celedonia se mueren por la Colonia Palomar.
Droguería y Perfumería.
Fuencarral, 24.

Desde Cádiz á Bilbao siempre, después de comer en cuaresma bacalao, se toma el acreditado Cognac fino de Moguer.
Sobrinos de Guínea.—Carretas, 27.



GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS

MARCA REGISTRADA

JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MÁLAGA-MANZANARES

En las más renombradas exposiciones dejará tamañitas las colecciones más importantes la de fotografías interesantes.
Catálogo 50 céntimos en sello, dirígese á The Publishing Office.—Amsterdan.

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPAÑIA COLONIAL
TAPIOCA, TÉS
50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
DEPÓSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

Biblioteca del MADRID CÓMICO

FÁBULAS Y CUENTOS
por JOSÉ ESTREMEIRA
Precio: 2 pesetas.

MIGAJAS
por J. LÓPEZ SILVA
Precio: 2 pesetas.

PÓLVORA SOLA
por SINESIO DELGADO,
dibujos de CILLA.
Precio: 3 pesetas.

ESPAÑA CÓMICA
Album de cincuenta cartulinas,
 encuadrado en tela.
Precio: 25 pesetas.

TITIRIMUNDI
por LUIS TABOADA, dibujos de CILLA.
Precio: 3,50 pesetas.

GUASA VIVA
por J. PÉREZ ZÓSIGA, dibujos de CILLA,
MECAONIS Y GROS.—Precio: 3 pesetas.

MADRID CÓMICO
PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO
PRECIOS DE SUSCRICIÓN
Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.
Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.
Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.
En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.
Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA
Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.
A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero derecha.
Teléfono núm. 2.160.
DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO